

# Los Autófagos

Por Patricio Alfonso Ulloa

Mis hijos me pidieron el auto y se marcharon a celebrar el Halloween al pueblo vecino. Sin más compañía que el perro y el televisor, se me ocurrió que podía aprovechar en la lectura las horas muertas de la noche. En la cercana biblioteca, el encargado me tendió un paquete de libros.

- Estos son los que estamos promoviendo hoy, me dijo.

No caí en la cuenta exacta de lo que significaban sus palabras sino hasta que me vi en la cama, provista de una buena luz para leer y del atado de volúmenes en cuestión. Aquel bribón me había hecho entrega de lo que sin duda consideraba una elección digna de la noche de brujas. Entre los libros estaban las **Crónicas de la Villa Diodati**, de Meyerfritz; unas **Glosas al Cthaat Aquadingen**, de Titus Crow; la antología **El Umbral del Abismo y otros Relatos**, de Juan Antonio Marinovic, con ilustraciones de Ricardo Chambers; y los consabidos textos de Lovecraft, Poe y Stephen King. A mi pesar, sentí que aquellas lecturas macabras me fascinaban. Estaba leyendo la nota introductoria al **Umbral del Abismo...**, donde se narraba la muerte atroz de Chambers, el ilustrador, y la muy extraña desaparición del propio Marinovic, cuando el sueño me venció y tuve que apagar la luz. Era pasada la medianoche. Soñé que volvía a la biblioteca a devolver los libros, en mitad de la noche. El bibliotecario me estaba esperando, y me conducía a la parte de atrás. Me extrañaba la descomunal, insospechada amplitud de aquel recinto.

- ¿Te gustaría conocer el sótano?, me decía el bibliotecario.

Y sin esperar mi respuesta me conducía por unas escaleras oscuras e inusualmente largas que se sumían en secretas profundidades. Al final, se detenía ante una puerta de hierro provista de una mirilla. Me invitaba a acercarme con un gesto, mientras una sonrisa irónica le cruzaba la cara.

-Observa, me decía. – Observa el banquete.

Yo pegaba mi faz a la mirilla. Al principio no pude distinguir nada más que confusos movimientos entre las sombras. Luego, como en medio de una neblina roja, sanguinolenta, empecé a advertir figuras. Y escuché sonidos: llantos y gemidos desgarradores. Detrás mío resonó, otra vez, la voz del bibliotecario.

-¿Quieres unirte al banquete de los autófalos?

Pude ver, ahora claramente. Vi a un hombre desnudo, sentado sobre el piso cubierto de sangre. Parte de aquella sangre manaba de las cuencas vacías en donde había tenido los ojos, los globos oculares que ahora se llevaba a la boca con una mano crispada, masticaba y comía. Detrás de él había una mujer. Tenía el vientre abierto, y sus vísceras eran visibles. Sin querer ver lo que hacía, escape hacia las escaleras lanzando un alarido espantoso, perseguida por la risa vesánica del bibliotecario.

Desperté cubierta de sudor, encendí la lamparilla y maldije mis macabras lecturas. Salí del lecho, fui al baño y me di una larga ducha como si esta, además de asearme y quitarme la modorra y la agitación, pudiese limpiarme de las atroces imágenes de mi pesadilla. Mis hijos no habían llegado, y lo lamenté, pues me hubiese ayudado mucho contar con su compañía. El baño caliente, sin embargo, me relajó lo suficiente como para que pudiese volver al lecho y, mal que mal, pude dormir hasta el alba. Cuando me desperté, pude ver el auto abajo, a través de la ventana. Mis hijos estaban en sus cuartos y seguramente dormían a pierna suelta. Bajé a la cocina para preparar café. Mientras abría la llave del agua sentí dolor en el dedo pulgar, y me advertí una pequeña porción de piel levantada y enrojecida cerca de la base de la uña, un “padraastro.” Cediendo a un mal hábito adquirido en la infancia, lo corté con los dientes y me lo tragué. Las náuseas me acometieron de inmediato. Cuando entró mi hija mayor me sorprendió encorvada sobre el lavaplatos, vomitando.